militar de Ayacucho levantó el velo de las infernales maquinaciones del partido rojo, que queria elevar á Pedro Carbó á la presidencia, y á Urbina al mando del ejército, para destruir inmediatamente todas las instituciones católicas : « Compadezco al señor Borrero, decia el noble veterano; si complace á los hipócritas, está perdido, y con él se pierde la república. ¡Libertad para todo y para todos, menos para el crímen y para los criminales, dijo Garcia Moreno, y esto mismo debe repetir el señor Borrero. »

Despues de haber consultado á su consejo y amigos que naturalmente opinaban por la negativa, Borrero respondiò á los convencionalistas « que habiendo jurado respetar y hacer respetar la constitucion, no podia poner mano para derribarla; que obedecer á un millar de peticionarios contra el voto general de la nacion, seria un acto de dictadura : que despues de todo, nadie ténia porque quejarse de su gobierno; pues él dejaba la prensa libre hasta el punto de que se le acusaba de excesiva tolerancia, y, en fin, que siendo la constitucion esencialmente reformable, los futuros congresos podrian mejorarla cuando quisieran ». No obstante, para dar á tan buenos amigos una dedada de miel, les sacrificó los ministros mas abiertamente desfavorables á la convencion.

Batidos en la cuestion de la constituyente, los revolucionarios trataron al ménos de anular la constitucion, hollando la religion y las leyes dictadas para defenderla. De aqui la recrudescencia de sacrílegas abominaciones contra la Iglesia y sus ministros, contra la enseñanza de los jesuitas, contra la teocracia de que el Ecuador era víctima, y hasta contra la divinidad de Jesucristo. En virtud de las leyes constitucionales que le obligaban « á hacer respetar la religion del Estado », Borrero hubiera debido cas-

tigar á estos blasfemos; pero ¿podia violar sus caros principios de libertad de imprenta y exponerse á que le refregaran los ojos con sus artículos de *La Centinela?* Reservó sus iras para *La Civilizacion Católica*, periódico conservador, nuevamente fundado para contestar á los enemigos de la Iglesia. El periódico oficial trató de zizañeros y perturbadores á esos escritores intransigentes, cuya irritante politica acarrea á la Iglesia multitud de enemigos. Por donde se vé que el liberalísmo impone en todas partes á la Iglesia la misma regla : dejarse oprimir sin decir palabra, para no exasperar á los que la oprimen.

Los Obispos del Ecuador rehusaron prestarse á semejantes fullerias. Un periódico de Guayaquil, *El Popular*, se distinguia entre todos por el encarnizamiento y la violencia de sus ataques contra el clero : el Obispo de Riobamba por sentencia motivada, prohibió su lectura á los fieles, bajo pena de excomunion. Borrero se indignó de semejante audacia, y poco faltó para procesar al prelado como atentador á la libertad de la prensa; pero viendo que otros defensores de la Iglesia entraban en la liza, y que el pueblo se irritaba por sus cobardes condescendencias, acabó por disponer él mismo que se persiguiese à los periodistas y libelistas culpables de ofensas ó ultrajes á la religion. Admitia, sin embargo, circunstancias atenuantes en favor de los escritores irreligiosos; porque segun él, sus excesos provenian de que la prensa habia estado amordazada durante quince años. Evidentemente Garcia Moreno tenia la culpa de todo.

Con gran sentimiento suyo, ni su extraña conducta, ni sus palabras todavia mas dignas de extrañeza, cambiaron el corazon del pueblo fiel al héroe mártir. El 6 de Agosto de 1876, aniversario del san-

griento drama, el Ecuador se cubrió espontáneamente de luto, y se celebraron en todas las ciudades solemnes funerales. La capital en particular se esmeró en demostraciones tanto mas pomposas, cuanto mayor era su empeño por vengar á la noble víctima de los furores de la prensa y desdenes del gobierno. En casi todas las casas de la ciudad colgaba la bandera negra, por mas que la autoridad, segun dicen, conminase á los manifestantes con una multa de cincuenta pesos. Se cuenta que una dama, importunada por la policia, envió sus cincuenta duros al recaudador, á fin de que la dejasen enarbolar su bandera, sin molestarla mas. En las exequias solemnes, el clero, la nobleza, el cuerpo diplomático, las sociedades populares llenaban las vastas naves de la iglesia metropolitana. Nadie faltaba allí mas que Borrero y su acompañamiento oficial. Por lo demás, hubiera sido muy duro para él y para los suyos oir resonar bajo las bóvedas del templo semejantes palabras : « Constantino fué grande por haber dado la paz á la Iglesia; lo fué tambien con justicia Teodosio, por su amor á la misma esposa de Jesucristo; lo fué Carlo-Magno al enfrenar la barbarie de numerosas hordas, y ponerlas bajo la salvaguardia y amparo de la Cruz civilizadora de las gentes. Garcia Moreno con mayor fé que la vacilante del primer emperador cristiano, con mayor ardor que Teodosio, con mas celo y vehemencia que el monarca franco, se presenta en pleno siglo XIX ante cuatrocientos millones de católicos, que, cubiertos de luto rodean el Vaticano, en presencia del sagrado anciano bañado de lágrimas, del gran Pontifice Pio IX; ante ese Sanedrir inicuo de reyes y de principes, que con la apostasia en la frente acababan, ¡hipócritas! de esconder el puñal tinto en sangre del pecho de la Iglesia cru-

cificada en el Quirinal..... y la esposa de Cristo, al mirarlo, cubre su deshonra, y en el patíbulo de la traicion y de la infamia recoje de manos de Moreno el regio manto que rasgaron las manos sacrílegas de la Francia ingrata, de la Alemania atea y de la rebelde y parricida Italia.

« ¿Que son las figuras de Palmerston, de Cavour y de Bismarck? Esos colosos se miden con la vara de la degradacion de arriba á abajo; mas la sublime y gigantesca figura del héroe cristiano, va desde la tierra al cielo, desde el tiempo hasta la eternidad, desde el hombre hasta Dios. Esa figura resplandeciente habria indudablemente ofuscado, puesta en un trono, el esplendor de Carlos V y de los Napoleones [1]. » El Ecuador aplaudió este discurso; pero se comprende que Borrero no tuviese mucho empeño en oirlo.

Hubiera sido, no obstante, el momento oportuno de meditar acerca de la sabiduria política de su predecesor. Dando Borrero á su gobierno orientacion contraria á la de Garcia Moreno, habia desanimado á los conservadores, desencadenado á los revolucionarios contra el Estado y contra la Iglesia, y vuelto á poner el Ecuador á dos dedos del abismo de donde aquel lo habia sacado. Mansos como corderos durante seis años, los radicales, á los seis meses de liberalismo contaban seguramente con el próximo triunfo. Para ensayar sus fuerzas y sondear al tolerante Borrero, organizaron en Guayaquil un amago de revolucion con gentes de baja estofa. La tentativa abortó, como lo esperaban los instigadores; mas para complacer á estos, el simple Borrero indultó à los insurgentes, lo cual les confirmó en la idea de

[1] *Oracion fenúbre,* por D. Miguel Garcés.

que con personaje de tanta trastienda se podian atrever á todo.

Para derribar á Borrero la revolucion tenia necesidad de un soldadote de puños, y puso los ojos en el general Vintimilla. El presidente le conocia bien; porque mas tarde se entretuvo en trazar este retrato suyo, poco lisongero por cierto. « Cualquiera que no conozca á este general, decía, creerá, sin duda, que es un hombre, es decir, un ser racional compuesto de alma y cuerpo. ¡Tamaña equivocacion! En Vintimilla, el alma no es ese soplo divino que Dios infunde en todos los descendientes de Adan, sino un instinto, menor que el de los brutos; porque es ménos fino y delicado que el de estos. En Vintimilla todo es materia, todo es vientre. Él no tiene idea alguna religiosa, moral, política ni científica. Ni conservador, ni liberal : no es sino vinólogo y tahur. Distingue perfectamente el *coñac* del *brandi*, el ron del ginebra; y conoce á las mil maravillas los lances del rocambor y de toda clase de juegos de azar. En París como en Quito, ha vivido jugando y bebiendo las noches, y durmiendo los dias... Sirvió á Roca, sirvió á Urbina, sirvió á Garcia Moreno, como hubiera servido al Gran turco, si el Ecuador formase parte de los dominios de ese señor... Estuvo en Tambuco, donde fué derrotado junto con Garcia Moreno, y sirvió á este, hasta el año 1869, época en que fué desterrado á Europa, por consecuencia de la revolucion que su hermano Pepe Vintimilla hizo en Guayaquil, el 19 de Marzo de aquel año [1]. » Ahora bien, este Ignacio Vintimilla á quien Borrero nos pinta con rasgos tan repugnantes, fué reclamado por los revolucionarios de *Tierra caliente*, como

[1] *La Revolucion del 8 de setiembre de 1876*, por A. Borrero. Lima, 1877, p. 14.

comandante general de las tropas de Guayaquil. Borrero nos cuenta que esta exigencia le dejó estupefacto : poner este radical, este esclavo de Urbina, este vividor, este traidor, á la cabeza del ejército, mal seguro siempre, de Guayaquil, le pareció insigne locura. Pero sus buenos amigos los liberales se empeñaban en que la hiciese; respondiéndole de la fidelidad del general; y Borrero, á pesar de las súplicas de los conservadores, puso aquellas tropas á las órdenes de Vintimilla.

Llegado á su puesto, y sin tomarse siquiera el trabajo de disimular un poco sus planes, Vintimilla descartó del ejército á los gefes leales para reemplazarlos con sus cómplices. Se le advirtió á Borrero la traicion de que iba á ser víctima, y para obrar con toda rectitud, el presidente se dirigió en derechura al general, que naturalmente, exhaló su noble indignacion contra tan infames sospechas. Si habia alejado de los cuarteles á un comandante y á un mayor, era por graves motivos de desconfianza de entrambos gefes que habian servido al *tirano* durante quince años. Desde el punto en que el presidente desaprobase este acto de prudencia, Vintimilla se veria obligado á retirarse; porque, segun decia, « el militar y la muger no tienen mas que la honra, y una vez perdida no pueden recobrarla jamás ». Al leer tan huecas frases el pobre Borrero se apesadumbró, no ya de haber sospechado de un hombre semejante, sino de que tal injuria se le hubiese pasado por los mientes.

Rodeado de fieles partidarios, Vintimilla trató de desarmar la capital, antes de hacer su pronunciamiento en Guayaquil. Para asegurar el éxito de una maniobra que parecia imposible, fingió inquietudes acerca de la disposicion de sus tropas. Fermentos de revolucion removian los cuarteles : con ocasion de la

próxima fiesta de la Independencia, podia temerse una explosion que era preciso impedir á toda costa. Vintimilla pedia « á su bueno y querido amigo Borrero, » que le mandase de Quito unos cuantos regimientos seguros, con los cuales exterminaria á los amotinados. De Guayaquil se escribió al presidente que mirase lo que hacia; en la capital sus amigos se le pusieron de rodillas suplicándole que no se dejase coger en aquella trampa, que hasta un niño habria descubierto : no escuchando mas que al traidor, Borrero le envió de Quito las tropas y el armamento solicitados.

Privado ya el presidente de todo medio de defensa, Vintimilla arrojó la máscara. El 8 de Setiembre de 1876 sus amigos los radicales firmaron el acta siguiente : « Considerando que el doctor Antonio Borrero, ha sido inconsecuente á los principios liberales que proclamó y defendió... y ha adoptado una política contraría á las ideas del gran partido que le elevó al poder ; que ha seguido una política absurda para perpetuar las instituciones... incompatibles con la república democrática; que por lo mismo es indispensable realizar una transformacion, dando á la nacion nuevas instituciones que la coloquen á la altura de la civilizacion... Acuerdan desconocer la autoridad del presidente de la república Antonio Borrero, é imponer la gran obra de la regeneracion política al ciudadano general D. Ignacio Vintímilla, nombrándole gefe supremo de la república. » Entre tanto se disponia el ejército á marchar sobre Quito.

Borrero cayó de las nubes cuando el correo de Guayaquil le llevó la noticia de la revolucion del 8 de setiembre. Inmediatamente tomó su mejor cortada pluma para refutar los argumentos « del Iscariote que vendia á su maestro despues de haber

protestado tantas veces de su fidelidad y adhesion. Vintimilla, segun decia el presidente, queria destruir hoy, la constitucion que juró ayer. Si en alguna parte del mundo florecia la libertad era en el Ecuador bajo el mando de Borrero. Llamaba, pues, á las armas á los ecuatorianos contra los enemigos del órden político y social, propagadores del ateismo, insultadores de Jesucristo, sectarios de la Internacional y de la *Commune !* Antes morir, exclamaba, bajo los escombros de la patria, que presenciar el triunfo de estos criminales! — Pero el verdadero criminal ¿no era, por ventura, el gefe del gobierno, que con pretesto de libertad de imprenta habia dejado al partido revolucionario propagar las ideas que ahora condenaba? ¿No era él quien en ódio á los conservadores habia empleado á los insurgentes de Guayaquil incluso á su gefe Vintimilla?

A pesar de esta traicion inconsciente del liberal Borrero, el partido conservador se colocó tras él para resistir la insurreccion. Se llegó asi á formar un ejército, que, bien mandado, hubiera podido hacer frente al enemigo; pero el desventnrado presidente, siempre desconfiado y receloso de los conservadores, separó á los generales capaces. Las tropas acampadas en Guaranda, permanecieron un mes en la inaccion : y entretanto habiendo terminado Vintimilla sus preparativos de invasion, avanzó hácia aquel punto á la cabeza de una division, mientras que Urbina dirigia otra sobre Riobamba. El general Saenz, que mandaba en gefe las tropas de Borrero, no dejó en Guaranda mas que las necesarias para guardar la posicion, y con el grueso de su ejército, se dirigió al encuentro de Urbina. Este los deshizo en los campos de Galte, mientras que Vintimilla pasando por los destaca-

mentos que quedaron en Guaranda, entraba triunfalmente en Quito. La república cayó en manos de los radicales. Borrero arrestado, se consumió en la prision durante dos meses, y luego desterrado á Lima, se consolaba de sus amarguras, cantando las dulzuras de su gobierno, y trazando para la posteridad el retrato de Vintimilla que nuestros lectores han admirado mas arriba.

Y ahí está el gran genio que se sentia humillado de vivir bajo un García Moreno! ¡Ay, y cuantos Borreros se cuentan entre nuestros modernos políticos! ¡Cuantos liberales franceses, que se llaman conservadores y católicos, en ódio á la monarquia cristiana y por amor á los inmortales principios consabidos, han echado á su país en brazos de Vintimilla-Gambetta! [1]

[1] Cuando en este capítulo y los precedentes, criticamos á los católicos politicamente opuestos á Garcia Moreno, no tratamos de negarles su completa honradez, sus intenciones, su catolicismo y su piedad. A todos nos referimos en estas palabras; pero particularmente á D. Antonio Borrero, cuyos sentimientos religiosos son conocidos de todos los ecuatorianos. Esto sentado, creemos que los católicos mas ó menos resabiados de liberalismo, tienen ideas falsas acerca de los deberes de los gobernantes, y que á consecuencia de sus ideas liberales, prácticamente llegaran al radicalismo. Menester es respetar su vida privada sin dejar ni un solo instante de reprobar su conducta pública, como funesta á la religion y á la patria.

II.

EL DICTADOR VINTIMILLA.

(1877-1883.)

Con el nombre de *regeneracion* llevaba Vintimilla á su patria la ruina y la muerte. Entregado á si propio, tal vez se hubiera contentado con comerse tranquilamente las rentas del Estado; pero Urbina y Carbó, sus consejeros íntimos, tenian que vengarse de la Iglesia y de los conservadores.

Inaugurose la era de la persecucion con el decreto de 1°. de Febrero de 1877 sobre la secularizacion de la enseñanza. Los ateos son en todas partes los mismos : asi que se apoderan de un país, nada mas urgente para ellos que *secularizar* á los niños, es decir, hacerlos ateos. Los párrocos y el Obispo de Riobamba á su cabeza, reclamaron contra este tiránico decreto. ¿Con que derecho se priva á la Iglesia, madre de los cristianos, del cuidado de instruir y educar á sus hijos? Se les contestó con un diluvio de folletos injuriosos, en los cuales se hacia gala del liberalismo mas absoluto, pidiendo la separacion de la Iglesia y el Estado, y atacando los fundamentos mismos del cristianismo. Para auto-